

nes forzadas en la última hora; todas esas apariencias de dolor, y todas esas reflexiones demasiadamente tardías? Se ha tenido toda la vida para trabajar en la salvacion; no hay edad, clase, condicion, ni estado que nos dispense de esta obligacion: este es el grande, el único negocio de toda la vida; ¿pues qué pensarán en la última hora los que al presente no piensan en él?

Conozco, mi Dios, la irreparable pérdida que he hecho; pero ya que por vuestra misericordia todavía me concedéis algunos dias de vida, propongo, con vuestra divina gracia, no perder un instante de tiempo.

JACULATORIAS. — Mientras tenemos tiempo, aprovechémosle bien. (*Galat. 6.*)

Ansiosamente desea, Señor, mi alma guardar tus santos mandamientos por todo el tiempo de mi vida. (*Psal. 118.*)

### PROPOSITOS.

1 El tiempo es precioso, es corto, y su pérdida es irreparable. ¿Quién puede convenir en estas tres proposiciones evidentes, y perder tiempo? Sin embargo, el tiempo se pierde todos los dias, y toda la rapidez con que vuela no es bastante á moderar la ansia con que deseamos verle pasar. Cuenta hoy tus años; numera tus dias; ¿cuantos has perdido? ¿qué pocos hallarás que no hayas malogrado! Pues en verdad que la pérdida es de consecuencia, porque al fin nuestros dias son contados, y no hay siquiera uno de que no se haya de dar estrecha cuenta. Esta pérdida es irreparable; porque ¿como se repararán quince ó veinte mil dias mal empleados y perdidos? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y á aprovechar bien los que nos restan. No pierdas un instante de tiempo, y observa fielmente los consejos que se siguen.

2 Todos los dias en la oración de la mañana, en la misa, y en el exámen de la noche, pide á Dios perdon del tiempo que has perdido. Cualquier recreo ó cualquiera honesta diversion que tomes, santificala tanto en el motivo ó en la intencion como en el mismo ejercicio. Y para eso determina un número fijo de actos de amor de Dios que has de hacer todo el tiempo que ella durare, como tambien en el de comida y cena. De aquel tiempo que tienes destinado para recrearte ó para descansar, emplea media hora cada semana en oracion ó en otras buenas obras. Cada año has de escoger un dia, que todo él debes dedicarle á rescatar el tiempo, como habla el Apóstol (*Ephes. 5.*), empleán-

dole en oraciones, en penitencias, en buenas obras, haciendo mas cuantiosas limosnas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas propio para este santo ejercicio es el dia en que cumplen años. Nunca dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que perdiste, bien persuadido á que es una falta de mucha consideracion.

## DIA VIII.

### MARTIROLOGIO.

#### LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS.

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, NICOSTRATO, SINFORIANO, CASTORIO Y SIMPLICIO, en Roma, en la via Lavicana, tres millas distante de la ciudad; los cuales primero fueron encarcelados, despues cruelmente azotados con escorpiones, y perseverando constantes en confesar á Cristo, por mandato de Diocleciano fueron arrojados al rio. (*Véase su noticia juntamente con la siguiente de los cuatro santos Mártires coronados.*)

EL TRIUNFO DE LOS CUATRO SANTOS MÁRTIRES CORONADOS SEVERO, SEVERIANO, CARPOFORO Y VICTORINO, HERMANOS, en la misma via Lavicana; los cuales en tiempo del mismo emperador fueron azotados con cordeles emplomados hasta espirar. No habiendo podido por entonces averiguarse sus nombres, que años adelante se supieron por divina revelacion, se ordenó que todos los años se celebrase su festividad en este dia; bajo la invocacion de los cuatro Santos coronados; con cuyo titulo ha proseguido la Iglesia honrando su memoria aun despues que se descubrieron sus nombres. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

SAN DEUSEDIT ó DIOSDADO, papa, en Roma; cuyo mérito fué tal para con Dios, que sanó á un leproso con solo besarle. (Fué elegido sumo pontifice, y consagrado el dia 13 de noviembre del año 614: trabajó en el arreglo de la disciplina, y dió excelentes reglamentos á favor de la Iglesia, distinguiéndose muy especialmente por su inagotable caridad con los enfermos pobres. Murió por los años de 617.)

SAN WILLEHADO, en Brema, primer obispo de esta ciudad; el cual junto con S. Bonifacio, cuyo discipulo era, predicó el Evangelio en la Frisia y en la Sajonia. (Tal era su fervor en los ejercicios de penitencia, que fué precisa una orden del papa Adriano para que comiese un poco de pescado á fin de reparar su quebraniada salud. Cada dia rezaba todo el Salterio, socorria á muchos necesitados, celebraba el santo sacrificio, y predicaba la palabra de Dios al pueblo.)

SAN GODEFRIDO, obispo de Amiens, en Soisons en Francia, varon de eminente santidad. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN MAURO, obispo y confesor, en Verdun. (Este Santo es conocido tambien por los diversos nombres de Vano, Vilon y Videno: nació

en las Galias en el siglo v, y habiendo abrazado la vida monástica, por los años de 498 fué elevado á la silla episcopal de Verdun. La opinion que adquirió de santidad fué confirmada con muchos milagros. Murió por los años de 523. La célebre Congregacion de benedictinos tan esclarecida en Francia por sus importantes trabajos religiosos y literarios, tiene el nombre de este S. Mauro.)

SAN CLARO, presbítero, en Tours, cuyo epitafio sepulcral escribió S. Paulino. (Fué discípulo de S. Martin obispo de Tours, en cuya escuela subió al mas alto grado de virtud. Una noche vió en sueños san Severo Sulpicio, obispo de Bourges, segun él mismo lo testifica en una carta al diácono Aurelio, á S. Martin subir al cielo bañado de un gran resplandor, acompañado de su discípulo Claro, que poco antes habia muerto, y á poco llegó la noticia del tránsito de ambos Santos, acaecido en el año 307.)

#### SAN GODEFRIDO, OBISPO DE AMIENS.

NACIÓ S. Godefrido de padres nobles, ricos y caritativos. Su padre se llamó Frondon, y su madre Isabel. Tuviéronle como por milagro, concediéndosele Dios á sus oraciones cuando ya estaban avanzados en edad. Llenó de gozo á todo el país el nacimiento de aquel dichoso niño. Fué su padrino de bautismo, y le puso su nombre Godefrido, abad del monte S. Quintin le Perone, sugeto muy ilustre, tio de la bienaventurada Ida, condesa de Boloña y madre de Godofredo de Bullon, rey de Jerusalem. Siendo el niño de edad de cinco años, le admitió su padrino en su monasterio. ¿Qué fruto no se debía esperar de una tierna planta que á tan buen tiempo iba á ser regada con el rocío celestial en el campo de la religion! Desde luego dió grandes indicios de su futura eminente santidad; porqué habiéndole picado una grulla entre los dos ojos con tanta violencia, que naturalmente habia de perder ó la vida ó la vista, el tierno taumaturgo invocó el nombre de Jesucristo, hizo la señal de la cruz sobre la herida, y al instante desapareció, quedándole solo una leve cicatriz, sin deformidad, como para visible testimonio del prodigio que habia obrado el Señor. ¿Adonde no llegaría un niño que comenzaba la carrera de la virtud haciendo milagros? Al paso que adelantaba en edad, adelantaba tambien en perfeccion. A la manera que una tierra abrasada de los rayos del sol abre sus entrañas sedientas para recibir la lluvia del cielo, se abria aquella hermosa alma á las divinas influencias para recibir en su corazon el precioso rocío de la gracia. Considerábase su abad como un ameno y fecundo campo, cuyas flores prometian una copiosa mies, y solia decir lo que el Espiritu Santo dijo de

S. Estéban, que su semblante parecia al de un ángel del cielo. Era niño, y en sus costumbres mostraba todo el seso y toda la prudencia de la edad madura. Empleaba la noche en oracion, y el dia en el estudio y en cantar las divinas alabanzas. Derramaba Dios tantas luces en aquella pura alma, inundábala de tantos consuelos, que en sus discursos se conocia la plenitud de las primeras, y en sus dulces lágrimas la abundancia de los segundos. Cuando llegó á los veinte y cinco años, quiso su abad que se ordenase de sacerdote, en cuyo precepto tuvo mucho que sacrificar su humildad. Poco despues que recibió el carácter sacerdotal, así el arzobispo de Rems, como los prelados de la provincia, deseosos de ver renovada la observancia en el monasterio de nuestra Señora de Nogent, le eligieron por su abad. Todo lo halló lleno de confusion: la iglesia arruinada, las celdas casi por tierra, enajenadas las rentas, cubierto de zarzas y de maleza el recinto del monasterio. No le acobardó aquel lastimoso espectáculo; reparó la iglesia, fabricó nuevos dormitorios, recobró las rentas usurpadas, y proveyó á las necesidades de los monges con tanta prudencia, que se conoció claramente andaba la mano de Dios con el nuevo José. Hizo mas: volvió á entablar la observancia regular con tanta perfeccion, que el monasterio de Nogent se hizo uno de los mas famosos del país. Era el santo abad modelo de penitencia: su mayor regalo eran unas yerbas cocidas con un poco de sal. Quiso el cocinero en cierta ocasion sazonarlas con no sé qué mas, y fué severamente reprendido. Hacia frecuentes pláticas á sus monges, todas eficaces y llenas de mocion. Alentábalos al ejercicio de todas las virtudes, exhortábalos al menosprecio de las cosas del mundo, y los enseñaba á vivir únicamente para el cielo: sabia condescender prudentemente con los flacos, sin que la condescendencia degenerase en falta de vigor. Imitaba la prudencia del gobierno divino, en que se junta la fortaleza con la suavidad. Comunicóle Dios el poder de Elías, y á su oracion se desataban las nubes, y caia del cielo la lluvia. Volaba su fama por toda Francia; y habiendo renunciado voluntariamente su obispado Gerbano, obispo de Amiens, el clero y el pueblo pusieron los ojos en Godefrido para ocupar aquella silla. Resistióse por largo tiempo; pero se rindió en fin al precepto del cardenal Ricardo, legado apostólico, que presidia el concilio de Troyes. La nueva dignidad solo sirvió para hacer mas visible su modestia y mas sobresaliente su tierna compasion de los pobres. No se veia fausto en su traje: notábase en sus muebles una humilde simplicidad, y su mesa era tan frugal en palacio como en el monasterio. Las puertas de su palacio estaban

abiertas á los miserables: recibia los pobres, lavábalos los pies, servíalos por sus propias manos: era el consuelo de las viudas, el padre de los huérfanos, y el protector de los desvalidos. Ni los mismos leprosos, por asquerosos que fuesen, eran escludidos de su caridad, en cuyo dilatado seno encontraban lugar todos los infelices. Entre sus despilfarrados trapos, entre las enfermedades mas hediondas, descubrian los ojos de su fe una alma racional, criada á imágen de Dios, y redimida con la sangre del Hijo de Dios, y esto escitaba su zelo y era objeto digno de su amor. Consideraba la prelación, no como dignidad, sino como un trabajoso ministerio que le ligaba á la salvacion del prójimo con tantos lazos como ovejas tenia. Aplicóse con todo su conato á la reforma del clero, y á desarraigat todos los vicios. Granjeóle algunos enemigos este vigor pastoral. Regaláronle en cierta ocasion con vino emponzoñado; pero lo descubrió con luz del cielo: y por otra parte, ¿qué podia temer un hombre acostumbrado á no temer mas que á Dios? Tan ventajosa es la muerte para los hombres apostólicos, como lo era para el apóstol S. Pablo. Son los Santos aquellos hombres, de quienes dice S. Agustin, que sufren la vida con paciencia, y esperan la muerte con alegría. Dió grandes pruebas de su zelo y de su teson. Habiendo ido á Sant-Omer para cumplimentar á Roberto, conde de Flandes, que se habia retirado allí á pasar las fiestas de navidad, fué recibido del conde con grande distincion, y éste le suplicó que celebrase en su presencia de pontifical en aquella gran solemnidad. Hizolo el Santo; pero advirtiéndole que algunos señores se llegaban con indecencia al altar para ofrecer, lleno de una santa indignacion, no quiso admitir sus ofrendas: lo que les hizo tanta impresion, que por no privarse de la bendicion de hombre tan santo, se revistieron de aquella modestia, respeto y compostura que pide la Iglesia á sus hijos cuando se acercan al santuario. Estendióse por toda la Europa la noticia de esta vigorosa accion con mucha gloria de Godefrido. Sintiendo cada dia mas el peso de la carga pastoral, suspiraba por algun retiro que le descargase de ella. Con este pensamiento se huyó secretamente á la gran Cartuja, con resolucion de acabar en ella sus dias en silencio, en mortificacion y en olvido de todas las cosas del mundo. Como los vecinos de Amiens no le veian volver, recurrieron por otro obispo al concilio de Beauvais, que se celebró poco despues; pero los diputados no recibieron otra respuesta que una sévera reprension por haberse hecho indignos del gobierno de tan santo prelado, despidiéndolos el concilio llenos de confusion y de vergüenza, obligándolos á que le buscasen en qualquiera parte donde estuviere, y protestándolos que mientras

viviese Godefrido no tenian que esperar otro obispo. Al mismo tiempo llegó al concilio una carta del Santo fugitivo, en que se declaraba indigno del obispado, y suplicaba humildemente á los padres le admitiesen la renuncia, y colocasen otro en su lugar. Esta humildad sacó lágrimas de ternura á los padres del concilio; pero trasferido este á Soisons, tan léjos estuvo de condescender con su instancia, que le despachó por diputados á Enrique, abad de S. Quintín, á Huberto, célebre monge de Cluni, con órden de que le trajesen consigo. Vióse precisado á obedecer, y saliendo de su amada soledad con el cuerpo, dejó en ella el corazón. Fué recibido en Amiens con el mismo regocijo con que lo habia sido en su primera entrada. Volvió á predicar con vigor, y declamar zelosamente contra los desórdenes; pero ni el ejemplo de sus virtudes, ni el beneficio de sus copiosas limosnas, ni sus palabras llenas del espíritu de Dios, fueron bastantes para convertir aquel pueblo endurecido. Era menester algun azote de Dios para que abriese los ojos. Bajó fuego del cielo, que redujo á ceniza toda la ciudad, menos la iglesia de S. Fermin, el palacio episcopal, y algunas pocas casas. Habíalo profetizado san Fermin; habíalo anunciado el mismo Godefrido: no quiso el pueblo creerle, y fué consumida casi toda la ciudad. Corrigiéronse por algun tiempo; pero duró poco la enmienda: volvieron los desórdenes, y volvió el Santo á suspirar por su soledad. Dióle el Señor á entender que se acercaba su muerte, y que se acabaria presto su peregrinacion. Mientras se llegaba este dichoso dia, que habia de poner fin á las miserias de esta vida, y ponerle en posesion de los gozos de la eternidad, quiso hacer un viaje á Rems para tratar cierto negocio grave con Roaldo el Verde, arzobispo de aquella ciudad. Cayó peligrosamente enfermo en el camino, hallándose hospedado en el monasterio de S. Crispin el Grande: quiso sin embargo proseguir su viaje; pero agravándosele el mal cerca del monasterio, le volvió á conducir á él su venerable abad restaurador. Luego que llegó, recibió los sacramentos por mano de Lisiardo de Crispi, obispo de Soisons: dió su bendicion á todos los monges, levantó los ojos al cielo, y entregó su alma al Criador en una profunda paz. Dicese que murió virgen, y se puede piadosamente creer que conservó hasta la muerte la inocencia bautismal. Fué obispo solos once años, y murió el dia 8 de noviembre de 1118, á los cincuenta de su edad.

## SAN ALVITO, OBISPO DE LEON.

SAN Alvito, llamado tambien *Aloyto* ó *Aloito*, sucedió en el gobierno de la Iglesia de Leon al santo obispo Cipriano. No consta si nació en el reino mismo de Leon, ó en el de Galicia; el maestro Sarmiento inclina á esto último, y á que descendia de los Arias y de D.<sup>a</sup> Aldósinda, la hermana de S. Rosendo. El ser muy frecuente en aquellos tiempos este nombre, hace que por solo él no pueda averiguarse quién fué nuestro Santo, y mucho menos su profesion, y los empleos que tuvo antes de ser promovido á la dignidad episcopal. Acaso era este el diácono Alvito, que como notario firmó en Leon una escritura de D. Fernando el I. y de su mujer D.<sup>a</sup> Sancha en la era de 1081. Créese comunmente que profesó la vida monástica en el monasterio de Sahagun; Florez aseguró no haber sido monge en este, sino en Samos. El maestro Risco hace ver que Alvito obispo de Leon era distinto de Alvito el que era abad de Sahagun por los años 1059.

Siendo Alvito abad del monasterio de Samos fué promovido al obispado de Leon en el año 1057. Hizose esta eleccion no por muerte sino por renuncia de su antecesor Cipriano. En su tiempo fué restaurada por D. Sancho el Mayor la silla episcopal de Palencia, y se le restituyeron sus antiguas posesiones, que en gran parte se habian agregado á la de Leon en el reinado de D. Ordoño II.

De la muerte de nuestro Santo en Sevilla, y de la revelacion que de ella tuvo por S. Isidoro, hablaremos el dia 20 de diciembre, en la noticia de la *Traslacion de las reliquias de S. Isidoro á la ciudad de Leon*. Luego que se sintió enfermo, conociendo que iba á cumplirse lo que el cielo le habia manifestado, recibidos con gran devocion los santos sacramentos, encomendó la traslacion del cuerpo de S. Isidoro á Ordoño, obispo de Astorga, y al conde D. Nuño y á los demás señores del reino que con él habian ido á Sevilla; y al séptimo dia de su enfermedad entregó el alma á Dios.

Su cuerpo fué llevado con el de S. Isidoro á Leon. Ambos fueron recibidos de los reyes y del clero y del pueblo con la debida solemnidad: el de S. Alvito fué depositado en el templo de santa Maria de Regla, sede antiquísima de él y de sus predecesores. En el manuscrito antiguo de la vida de S. Isidoro que se conserva en la santa iglesia de Toledo, se dice que á esta iglesia fué llevado el cuerpo de S. Alvito en un caballo de carga sin guiarlo

nadie, y que esto lo dispuso Sto. Domingo el abad del monasterio de Silos que se hallaba entonces en Leon, para apaciguar la reyerta de aquellos ciudadanos acerca del templo donde habia de colocarse aquel tesoro.

Colocáronlo al lado del Evangelio. En el año de 1164 abrieron su sepulcro, y lo trasladaron á otra caja. En 1527 fueron colocadas estas santas reliquias en alto á la misma parte del altar mayor. De lo cual y de dos milagros que hizo Dios por los méritos de su siervo el dia de su traslacion, quedó memoria en la piedra que cubria su sepulcro antiguo, y se conserva metida en la pared de la capilla dedicada á los santos mártires Fabian y Sebastian.

Aunque la santa Iglesia de Leon no reza de S. Alvito, le ha venerado siempre como Santo, y le hace el mismo obsequio que al obispo D. Pelagio, cuyo cuerpo está en el lado opuesto, incensando á ambos en los oficios divinos, á misa, víperas y matines. No se sabe fijamente el dia de la muerte de nuestro Santo, aunque consta que vivió hasta fines del año 1063. En los libros antiguos de meses ó calendarios de la santa Iglesia de Leon se pone el tránsito de S. Alvito el dia 5 de setiembre.

## LOS CUATRO SANTOS MÁRTIRES CORONADOS, SEVERO, SEVERIANO, CARPÓFORO Y VICTORINO.

EN tiempo del emperador Diocleciano hubo en Roma cuatro hermanos, empleados todos al parecer en oficios honoríficos en Roma, todos cristianos y santos y deseosos de dar la vida por Cristo. Mandólos prender el emperador, y llevar delante de un ídolo de Esculapio; y como los santos hermanos hiciesen burla de él, desnudáronlos, y los azotaron con tal rigor con correas emplomadas, que en este tormento dieron sus almas á Dios. Ordenó el tirano que sus cuerpos fuesen echados á la plaza, para que los perros los comiesen; mas en cinco dias que allí estuvieron no los tocaron, manifestando que los hombres eran mas crueles que las bestias fieras. Vinieron los cristianos y tomáronlos secretamente, y los sepultaron en un arenal, en la via Lavicana, tres millas de Roma. El papa Melchiades mandó que se celebrase su fiesta tal dia como hoy, el de su martirio, con el nombre de los CUATRO HERMANOS CORONADOS, porque se ignoraban sus nombres. Aunque despues fué revelado á un santo varon que se llamaban Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino. El papa Gregorio el magno hace mencion de una antigua iglesia de estos

cuatro mártires en Roma. El papa Leon IV en el año de 841 mandó que fuese reparada, y que se trasladasen á ella las reliquias de estos mártires desde el cementerio en que estaban en la via Lavicana. Habiendo sido despues consumida en un incendio la volvió á edificar Pascual II, en cuya ocasion fueron devoto cubiertas las reliquias debajo del altar en dos ricas urnas, la una de pórfiro y la otra de mármol serpentino, depositadas ambas en una bóveda. En el mismo sitio fué erigido otro nuevo altar, y volvieron á encontrarse las reliquias en la misma situacion en tiempo de Paulo V. Esta iglesia es título muy antiguo de cardenal presbítero.

LOS SANTOS MÁRTIRES CLAUDIO, NICOSTRATO, SINFORIANO, CASTORIO Y SIMPLICIO, cuya memoria celebra la Iglesia el mismo día con los Cuatro santos Mártires coronados, padecieron en la misma persecucion y fueron sepultados en el mismo cementerio. Estos cinco mártires eran escultores de profesion, y negándose á hacer un ídolo, por no dar ocasion á nadie de idolatrar, Diocleciano los mandó azotar con escorpiones; y como perseverasen constantes en su santa resolucion, fueron arrojados al rio encerrados en cajas de plomo, con cuyo martirio alcanzaron la corona de inmortalidad. Sus preciosas reliquias depositadas primero en la via Lavicana, fueron despues trasladadas á la misma iglesia de los Santos Coronados por Leon IV, y en ella se veneran en el día.

*La misa es en honor de S. Godefrido, y la oracion la que sigue:*

Oye, Señor, la súplica que nos libres de todos nuestros pecados en atencion á sus merecimientos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

*La Epistola es del cap. 3 de la segunda del apóstol S. Pablo á los tesalonicenses.*

Hermandades: Cuando estábamos con vosotros, os intimábamos esto: conviene á saber, que el que no quiere trabajar, tampoco coma; pues habemos oido que algunos de entré vosotros proceden desordenadamente, no trabajando nada, sino estando

vagos: á estos que son así los conjuramos en el nombre de Jesucristo, y les hacemos saber, que trabajando con silencio coman su pan. Pero vosotros, ó hermandades, no os entibieis en el bien de obrar.

## REFLEXIONES.

No hay cosa mas opuesta á la vida cristiana que la vida holgazana de la gente ociosa, y es la que compone hoy la mas noble y mas numerosa parte del mundo. Ciertamente, cuando se piensa en un hecho que la moda y la licencia han hecho el día de hoy tan comun; cuando por una parte se nos representan los preceptos de la ley, las máximas de Jesucristo, y por otra esas personas mundanas, que de todos los dias hacen días de fiesta y de diversion; esas gentes criadas en la haraganeria y envejecidas en la ociosidad; cuando se considera esa vida inútil de que se honran tantos y tantas, haciendo de ella mucha vanidad; da gana de preguntar, ¿si todos los fieles que están en una misma iglesia, son de una misma religion? ¿ó si teniendo todos una misma ley, unos mismos mandamientos y un mismo Evangelio; la gente noble, la rica, toda aquella que hace figura, y que hace algun papel en el mundo, si todos estos tienen algun privilegio particular que los dispense de la ley universal y de las obligaciones indispensables á todos los cristianos? ¡Cosa estraña! Aquel mismo hombre que en una fortuna mediana, que confundido con lo general del pueblo vivia cristianamente y se juzgaba indispensablemente obligado á todos los preceptos de la ley; ese mismo hombre, despues que se vió con muchas conveniencias; esa misma mujer elevada ya á otra clase, creen que para acreditar su recien nacida nobleza; han menester hacer profesion de holgazaneria y de ociosidad. ¡O mi Dios, y qué prueba tan clara es del corto número de los escogidos esa vida ociosa, inútil y regalona de la mayor parte de la gente rica! Acordémonos de que es indigno de entrar en el reino de los cielos el que hace lo que no debe; pero tampoco es mas digno de entrar en él aquel que deje de hacer lo que está obligado segun su condicion: *Declinet à malo, et faciat bonum.* (1. Petr. 3.) No basta guardar cuidadosamente el talento que se recibió, y no perderle; el siervo perezoso fué condenado porque no quiso negociar con él. La religion cristiana no hace caso para la cuenta de títulos vacíos, estériles y sin fruto: al tribunal del supremo Juez solamente nos acompañan nuestras obras. ¿Tendrán muchas que presentar en él esas gentes del mundo, cuyos dias son tan vacíos? ¿y se hallarán entonces mas ricas muchas personas consagradas á Dios en el estado eclesiástico y religioso despues de una vida tan poco ajustada á la austeridad, á la santidad y á las obligaciones de su estado? No pocas veces se introducen hasta en los claustros la

ociosidad y la haraganería, disfrazándose en traje grosero y penitente. Es cierto que no habitan los desiertos aquellos que viven con delicadeza; pero no lo es menos que el espíritu de delicadeza se suele acercar también mas de una vez á la soledad. Una persona religiosa inmortificada y menos observante, de necesidad ha de ser poco devota. A la ociosidad acompaña ordinariamente la indevoción, y la delicadeza es el fruto mas natural de la ociosidad.

*El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo, y el mismo que el día 1, pág. 23.*

### MEDITACION.

#### *Del ejemplo de los Santos.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que los santos no solamente son objeto de nuestra veneración; también nos los propone la Iglesia por modelos que debemos imitar, y por ejemplares que debemos seguir. No ignoramos cuál fué la vida de los santos, cuáles sus máximas, cuánta la pureza de su corazón, cuánta la conformidad de su fe con la de sus costumbres, hasta dónde llegó su devoción, su mortificación y perseverancia: siempre alerta contra los mas mínimos ímpetus del natural y de las pasiones: cada día mas hambrientos y mas sedientos de la justicia. El único objeto de toda su ambición era la perfección evangélica, y su modelo la vida de Jesucristo. Desterrados voluntariamente de todos los pasatiempos, se prohibían hasta las mas licitas diversiones, temiendo dar con ellas alguna tregua á unos enemigos; con quienes todos los días tenían que combatir, y á quienes era preciso vencer: austeros siempre hasta en las mas indispensables necesidades de la vida, continuamente se estaban acusando á sí mismos de que eran muy poco mortificados. Una modestia dulce, y una exterior apacible compostura era todo el adorno de aquellas doncellas, de aquellas señoras cristianas, que serán eterno, pero inútil asunto de envidia á los que no imitaron su virtud. ¡Dejarse ver en los espectáculos profanos! juzgarían que se confundían con los gentiles, y que hacían una insigne injuria al nombre cristiano. ¡Qué cuidadosas, Señor! ¡qué reservadas en todo lo que podía alterar la caridad! ¡qué delicadeza en todo lo que podía vulnerar la inocencia! Solo tenían gusto en los trabajos, y no acertaban á concebir cómo podía un cristiano hallar en otra cosa sus delicias. Ocupábalos todo el tiempo el pensamiento de

la eternidad, y no podían comprender que un corazón criado para Dios, capaz de amar á Dios, instruido en el precepto particular y en todas las obligaciones que tiene de amar á Dios, se pudiese fijar en objeto alguno criado, ni se dejase llenar de unos bienes aparentes que se pierden con la vida. El pensamiento de una infeliz eternidad para los réprobos, y de una eterna bienaventuranza para los predestinados, estaba siempre presente á su memoria. De aquí nacía aquel disgusto, aquel tedio que les causaba el mundo y todas sus máximas: de aquí aquel odio implacable á su propio cuerpo: de aquí aquellas asombrosas penitencias y aquel suspirar continuo por la soledad. Esto fueron los santos: admirámonos de lo que fueron; pero por ventura, ¿debieron hacer menos para serlo? La maravilla fuera si hubiesen sido santos haciendo lo que nosotros hacemos, y si nosotros fuéramos santos pareciéndonos tan poco á ellos.

PUNTO SEGUNDO. — Considera lo desemejantes que somos nosotros de aquellos grandes modelos. ¡Cuánta diferencia de máximas, de costumbres y de conducta! ¡cuánta oposición entre nuestra vida y la suya! ¡entre el camino que nosotros llevamos, y el que los condujo á ellos á la eterna bienaventuranza! Habiendo sido ellos humildes, castos, modestos, devotos, sufridos, apacibles y mortificados; y viéndonos á nosotros tan altivos, tan orgullosos, tan indevotos, tan pecadores, tan impacientes y tan sensuales, ¿nos reconocerán por hermanos suyos? ¿Qué digo? si se nos mira mas de cerca, ¿se creará siquiera que somos de la misma religion que los santos? ¿pero no se engañarian quizá los santos, siguiendo una moral tan contraria á la que nosotros seguimos? ¡Ah! que nosotros mismos conocemos muy bien que si ellos hubieran seguido esta moral, jamás llegarían á ser santos. Valga la verdad: ¿cuánta seria nuestra admiración, cuánto nuestro asombro, si leyendo la historia de alguno de aquellos héroes cristianos hallásemos en él una vida poco desemejante á la nuestra; la misma codicia de interés, la misma ansia de pasatiempos, la misma ambición, el mismo anhelo á todas sus conveniencias, los mismos ímpetus de las pasiones, el mismo espíritu de mundo y las mismas flaquezas? ¿qué imaginariámos si al leer las vidas de aquellas insignes mujeres que al presente se nos proponen por modelos de virtud, nos encontrásemos con unas mujeres que gastaban muchas horas en vestirse y en peinarse; que pasaban una vida ociosa y regalada; que se divertían muy bien, y que rara vez faltaban de los espectáculos profanos? ¿qué pensariámos de aquellas personas religiosas que ahora nos las proponen por ob-